

rumor de su última despedida de este valle de miserias acudían a despedirse del que tanto lugar tuvo en sus estimaciones?

Clamorean las campanas de la Parroquia de San Nicolás diciendo con lenguas de metal les había faltado aquel para cuya lengua tantas veces con voz pausada habían hecho señas para que allí se oyese la sonora voz de su predicación apostólica. Hicieron eco estos mudos clamores en el retiro del Oratorio y con tristes redobles se hizo manifiesta su muerte a la populosa Ciudad de Córdova. A la mañana del día 22 vestido ya el cadáver con los ornamentos sacerdotales fue numeroso el concurso, muchos por su pia afición tocaban al cadáver sus Rosarios, besándole los pies y manos, y a porfía solicitaba cada uno prenda de las pobres alhajas del Peregrino Padre. Repartieron los Albaceas cuanto se pudo entre personas de calidad, y llegó a tal extremo que por quedar con algo los Albaceas uno tomó el Crucifijo con que espiró el Padre y el otro el Rosario con que rezaba de continuo. Otros no temiendo la dicha de tocar en suerte alguna alhaja se valían de su industria cortándole parte de su interior vestido. Dáse por supuesto que a vista de lo que iban haciendo se pondrían guardas, menos no solo trarían destorro en las vestiduras, mas lo intentarían en el cadáver. En esta forma estuvo hasta la mañana del día 23 en cuyo tiempo no se advirtió corrupción alguna, antes bien muchos experimentaron una suave fragancia que despedía el cadáver y una flexibilidad patente.

Como se retardó el darle sepultura hasta el tercero día tuvieron tiempo para ir unos, y venir otros de la Ciudad a ver el cuerpo ya sin alma, a quien la alma mantenía con flexibilidad, y los que el Señor de aquella alma y cuerpo gustaba por su interior devoción hacerles el beneficio les dejaba recrear con aquella suave fragancia que excede a los ámbaros y flores de los jardines.

Flexibilidad y fragancia en un cuerpo cadavérico que cuando vivo se sujetó a rara abstinencia, mortificó los sentidos, se ensangrentó con las disciplinas, se cibió con cilicios, fue puro y casto, señales de que le fueran a la Divina Majestad agradables las operaciones de aquella alma con su cuerpo vencido comenzando por la muerte a ser ya victorioso. ¡Oh como se ve ser preciosa a los ojos de Dios la muerte de los justos! No hablemos de muerte en un sujeto

que comienza a tener gajes de immortalidad. ¡Oh que vida! ¡oh que muerte! ¡ Haberse conservado casto en su vida y en su muerte respirar fragancias su cuerpo! ¡ Haber peregrinado por tantas ciudades y Reinos en su vida, y en la muerte acabar como Peregrino sin tener de la tierra un solo palmo! ¡ Qué vida de labrador afamado sembrando en América y Europa el grano de la palabra evangélica, y qué muerte logrando el fruto de sus sudores a manos llenas! En vida atareado en escribir libros para utilidad de sus prójimos, y en muerte con el consuelo de que sus mismos libros sustituirán sus voces en los Pálpitos.

Quien así vive, así muere.

Capítulo XXXVIII. Su entierro solemne y funerales exequias.

Las verdaderas honras y aplausos son premio que consiguió a la Humanidad la divina Providencia. No es capaz toda la industria del genio humano fluctar a esta virtud del galardón que merece, y cuando con más cuidado procura la envidia ocultar sus glorias las descubre la voz de la fama saliendo con su bocina a resonar por el Orbe desde los silencios del sepulcro. Es insuperable el imperio de las virtudes pues se ve dominar sobre quien lo domina todo que es la muerte, y cuando parece que cubrir de tierra los cadáveres era sepultar las dulces memorias de los vivos, hace descubrir mejor sus alabanzas tanto más sólidas cuanto menos tienen de sospechosas.

Viviendo el hombre puede tomarse su deslize por el fragil barro de que se compone, y esto hace medrosas sus alabanzas, mas cuando se contempla ya muerto corren con seguridad los elogios, porque entonces se descubre sin engaños la perseverancia final a que está vinculada la eterna gloria. Habían observado los Albaceas, que en la muerte de este Varón Apostólico no había cortado el hilo de su vida la aguzada cuchilla de la calentura, que es casi en todas las enfermedades tan natural como en el cuerpo la sombra, y considerando por otra parte la mucha estimación con que fue recibida aquella muerte, determinaron con dictamen de personas verdaderas dilatar su funeral más tiempo que el acostumbrado frotando lugar a que se fabricase nuevo sepulcro con su bóveda arrimada a la grada del Altar mayor, y que a Peregrino tan ejemplar se le diese peregrino y no vulgar sepulcro. Para el Sábado 23 veinte y tres de Septiembre estando ya todo dispuesto lo que la piedad había ordenado se comenzó el funeral autorizando este piadoso acto lo más lu-

cielo de los dos Estados Eclesiástico y Secular, llevamos con piadosa emulación los Eclesiásticos sobre sus hombros el fúnebre a la Iglesia de San Nicolás, siendo el concurso numerosísimo y traéndolo más copioso en la gente popular el haber muerto con opinión de rara virtud un Padre Indiano. Cantaron la Vigilia y otros los Sermones Eclesiásticos que el piadoso Párroco amantísimo del Difunto destinó para estas solemnes Exequias, y con mucha majestad colocaron el cadáver en su nuevo sepulcro, observamos durante hasta entonces la flexibilidad de los miembros y la suave fragancia que muchos percibirán. Descaban los honrados Eclesiásticos que eligió el Padre por Albaceas poner epitafio en una lápida para sellar el sepulcro, y lo omitieron por haber encontrado un apunte de letra del Siervo de Dios en que parecía haber renunciado dos Mitras, lo que descaban saber de cierto (que siéndolo era digno de grabarlo en honra del difunto) y en las cartas que nos escribieron nos pedían digésemos lo que de esto sabemos. En segunda carta nos dicen: "Estamos determinados en ponerla lápida por carecer de noticia cierta de dos Obispados que se dice renunció." ¿Cómo habíamos de darles noticia de lo que solo sabemos cuando nos lo preguntan? Si el haberse doctorado no nos lo participó en sus letras, ¿cómo habíamos de noticiarnos de sus dos Mitras? Si ello fué cierto solo su confesor podrá manifestarlo, que para nosotros se quedó esto con su cadáver en los lobregos silencios del sepulcro. No tiene lápida con inscripción honorífica, pero la buena fama que ha dejado, y su nombre, es la más bien labrada piedra que recuerda las hazañas de su ejemplarísima vida. En la memoria eterna vive persuadida nuestra piedad estará el nombre del Padre Juan Antonio, escrito, así nos lo aseguran sus empleos tan Apostólicos, lo ajustado de su trabajosa y dilatada vida, la final de su muerte.

Siguiese a éstos (dicen los albaceas) el universal sentimiento de este Pueblo. Me persuado acaecerá en tan universal sentimiento lo que hemos visto en exequias de Varones ejemplares. Era tan conocido en Córdoba el Padre Indiano como que vivió en aquella populosísima Ciudad desde el año de 1726 hasta el de 1747, y en este tiempo solo faltó mientras era preciso vivir en la Ciudad de Málaga por la fundación del nuevo Oratorio, ¿Cuántos

serían en tan largo tiempo los hijos de su espíritu! Lloraban vientos apagada aquella flameante luz que colocó Dios en el candelero del Oratorio sus amantes hijos, y hacían tiernos recuerdos de haber logrado seis años lo suave de su gobierno, y publicaban haber sido con su rara virtud y prudencia el Restaurador de la ruina que amenazó aquel espiritual edificio. Lamentábanse un número copioso de hijos espirituales a quienes cotidianamente mantenía con el pábulo de doctrina y alimentaba con el Pan de los Angeles por su mano. Gemían muchos antes pecadores y ahora por los Sermones de San Apostólico Varón ya convertidos, haciendo memoria de la piedad con que los había sacado del lago de las miserias de sus culpas a la tierra feliz del dichoso estado de la gracia. Mostrábanse doblados muchos Señores de la primera nobleza que lograron haberlo tenido por especial amigo, Conductor de sus conciencias y fiel consejero de sus dudas. Entre los Sujetos de mayor respeto de aquellas Comunidades Religiosas que ilustran a Córdoba tenía el Venerable Difunto muchos apasionados de su virtud y naturales prendas, y estos como más desinteresados en aplausos del mundo, eran de la virtud sólida del Padre elocuentes Panegiristas. Suspendo el contar lo que no consta de relación y solo voy por conjetura: pero me persuado con fundamento que pasado el día del funeral que he referido removaron sus honras los Reverendos Padres Filipenses en su Oratorio a quien le eran tan debidas por haber sido dos trienios seguidos su Preposito, y tener con sus individuos fraternidad de correspondencia en sus sacrificios para la muerte. Solo me falta hacer algunas reflexiones sobre el día en que se entregó su cadáver a las sombras del sepulcro. Este día veinte y tres de Septiembre reza Nra Sta Madre la Iglesia de San Lino Papa y Mártir. Este Santo Pontífice que con tanto lustre de Santidad ocupó inmediatamente la Silla Pontifical despues de Nro Santísimo Padre San Pedro y estuvo en ella once años, dos meses y veinte y tres días empleó su pluma en dejar escritos los hechos más memorables de este Príncipe del Colegio Apostólico, y parece congruencia que este día se entregase al sepulcro el cadáver de quien dejó escritos tres tomos de las proezas heroicas de su Padre San Pedro.

Murió nuestro Filipense jueves por la noche y se le dio sepulchro día sábado por la mañana. Este día Septimo de la semana en que dice la Escritura Sagrada descansó Dios de las obras de la creación (aunque en Dios no cabe cansancio) dispuso este mismo Señor descansase el cadáver de su Siervo en el sepulcro. Es singularmente

dia dedicado por la Iglesia y el común de los fieles Cristianos al culto, memoria y devoción de la Reina de los Angeles y Señora Maria Santisima, cosa conveniente era descansar este día entre los muertos el que en vida se esmeró tanto en los cultos, memoria y devoción de la Madre de Dios, y le ayunó todos los sábados hasta que rindió el último aliento. El Rio Sabacin de quien forma sim- boló el elegante Padre leausino es estampa de la quietud y descanso. Trabajaba los días en el arrastrado curso de los cristales, y descansaba el sábado con el enjuto ocio de su sosiego.

A semana y media de este río corrió la agua de la vida mas que septuagenaria de nuestro Héroce oficiosa sobre la tierra fecundandola con su predicación y como arrastrada fuera de su nativo origen por los campos de la Europa, y ya lo vemos en sábado suspendas sus aguas y solo registra nuestra atención la tierra seca de su sepultura. Era costumbre entre los Griegos segun relacion de Plutarco, que cuando moría uno de sus estimados amigos hacían grabar sobre la lápida de su sepulcro un corazón, para dar á conocer á todos lo mucho que lo habían amado, y que aun despues de muerto lo tenían como esculpido en su mismo corazón. A los que desearon poner lápida sobre el sepulcro del Venerable Padre Doctor Juan Antonio y les parecia que las Mitras que estaban en opinión eran al proposito para condecorar aquel fímulo, les pude dar yo asegurar que sin la menor duda podían valerse de la costumbre de los Griegos, y poner toda la piedra sepulcral grabada de corazones y unas letras que digera: Estos son los corazones de los amantes hermanos del que aquí se oculta, y los de todos sus hijos que habitan el Oratorio fundado con los sudores, trabajos y peregrinaciones de quien ya descansa en este sepulcro; y su dulce memoria está tan esculpida en estos corazones que no la borrará el tiempo, no la consumirán los años, no la harán olvidar las ausencias y duras mientras les durare la vida, y sucederán otros en su lugar que instruidos de los primeros dedicarán los afectos de sus corazones al amor del instituto que el Venerable Padre dejó estampado, y no se olvidarán de haber el sido la piedra fundamental de este nuevo edificio. Pueden aumentarse para mayor lustre de la sepulcral lápida tanto número de corazones cuantas son las personas que lo trataron, y familiarmente lo conocieron, así en esta muy noble y mas leal ciudad de Querétaro donde se conserva

reciente y laudable su memoria como en las partes que peregrinó en Indias misionando y dejando de sí muchos deseos por sus breves ejemplos, más donde fuera mas espesa la junta de corazones es en la Villa de San Miguel el Grande donde tiene tantos apasionados de su virtud cuantas las familias de aquel noble terreno. Cosa muy usada fue en los antiguos dice en sus Teatro de la Vida humana el docto Beyerline, el que para eternizar la fama de Héroes insignes hacían grabar sobre sus sepulcros varios Geroglificos con los cuales se dice á conocer la virtud y profesion del que estaba allí sepultado. En el fímulo de Leonidas grabaron un Leon, en el de Diógenes un Perro, en el de Diódoro Retórico un Cuervo, en el de Laidis unas Leonas, en los sepulcros de Aristómenes, Mesenio y Platon pusieron una Aquila, y á Arquimedes le grabaron sobre una columna la Esfera Matemática, cuya inteligencia darán los eruditos en humanas letras, y yo las omito por superfluas á mi asunto. Para dar á conocer las virtudes de nuestro Héroce Americano me parecia ser ajustado Geroglífico una cándida Arucena puesta de pie que la sirva de jarras un corazón, y este el del mismo Padre, que si la Arucena tiene en su raíz figura de corazón, como observó Plinio, la cándidez y pureza con que se dejó ver este castísimo Varón hasta su muerte, nacen como de fecunda raíz de su limpio y puro corazón, y en la misma flor se cifran simbolizadas otras muchas virtudes, especialmente la caridad en el color de oro que en su ámbito interior la hermosean. Otro Geroglífico pusiera yo para hacer notoria la perfección de este Varón Apostólico: sobre una tabla bien lisa y limpia pintara una mano teniendo entre los tres dedos pugilares una tajada pluma y en otra pusiera un libro que se iba formando de los caracteres de aquella pluma; allí delineara un Bonete con su borla, para denotar lo mucho que dejó escrita esta incansable pluma, y la borla para darle á conocer por Doctor de los parvulos, Fénix de seado en las divinas letras que pregunta el Señor por Ysaías cap. 33. ¿Donde se halla el Doctor de los parvulos? Por misericordia del mismo Dios lo fue este Siervo suyo todo el tiempo de su Estado Eclesiástico.

Capítulo XXXIX. Viene la noticia de su muerte y se le hacen sus honras en el Oratorio

¡Qué sólida y segura es la esperanza que en solo Dios se tiene! ¡Qué frágil é inconstante la que es solamente humana! Antiguamente pintaban á la mundana esperanza